

CÓMO TIENE ÉXITO EL PSICOANÁLISIS



TEXTOS DE ORIENTACIÓN
hacia las #32 Jornadas Anuales de la EOL

**Proposición del 9 de octubre de 1967
sobre el psicoanalista
de la escuela**
Jacques Lacan



TEXTOS DE ORIENTACIÓN



Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la escuela^{*1} Jacques Lacan

Antes de leerla, subrayo que hay que entenderla sobre el fondo de la lectura, a hacer o rehacer, de mi artículo: “Situación del psicoanálisis y formación del psicoanalista en 1956” (págs. 441-472 de mis Escritos).

Se va a tratar de estructuras aseguradas en el psicoanálisis y de garantizar su efectación en el psicoanalista.

Esto se ofrece a nuestra Escuela, tras una duración suficiente de órganos esbozados sobre principios limitativos. Instituímos algo nuevo solo en el funcionamiento. Es verdad que de ahí surge la solución del problema de la Sociedad psicoanalítica.

Dicha solución se encuentra en la distinción entre la jerarquía y el *gradus*.

Produciré en el comienzo de este año ese paso constructivo:

- 1) producirlo-mostrárselo a ustedes;
- 2) ponerlos de hecho a producir su aparato, el que debe reproducir este paso en estos dos sentidos.

Recordemos lo existente entre nosotros.

Primero un principio: el psicoanalista no se autoriza sino a sí mismo. Este principio está inscrito en los textos originales de la Escuela y decide su posición.

Esto no excluye que la Escuela garantice que un psicoanalista depende de su formación.

Ella lo puede hacer por propia iniciativa.

Y el analista puede querer esa garantía, lo que, en consecuencia, solo puede ir más allá: volverse responsable del progreso de la Escuela, volverse psicoanalista de su experiencia misma.

Visto desde esta perspectiva, se reconoce que desde ahora responden a estas dos formas:

I. El AME, o analista miembro de la Escuela, constituido simplemente por el hecho de que la Escuela lo reconoce como psicoanalista que ha dado pruebas de serlo.

Esto es lo que constituye la garantía proveniente de la Escuela, distinguida en primer término. La iniciativa le corresponde a la Escuela, en la cual solo se es admitido en la base, en el marco de un proyecto de trabajo y sin tomar en cuenta precedencias ni calificaciones. Un analista-practicante es registrado en ella al inicio, exactamente a igual título que cuando se lo inscribe como médico, etnólogo y tutti quanti.

II. El AE, o analista de la Escuela, al cual se imputa estar entre quienes pueden testimoniar sobre los problemas cruciales en los puntos vivos en que se encuentran para el análisis, especialmente en tanto ellos mismos están en la tarea, o al menos en la brecha, de resolverlos.

Este lugar implica que uno quiera ocuparlo: solo se puede estar en él por haberlo pedido de hecho, si no de forma.

Queda pues establecido que la Escuela pueda garantizar la relación del analista con la formación que ella dispensa.

Ella puede y, en consecuencia, debe hacerlo.

Es aquí donde aparece el defecto, la falta de inventiva para cumplir un oficio (o sea, aquel del que se jactan las sociedades existentes) encontrando en él vías diferentes, que eviten los inconvenientes (y los perjuicios) del régimen de esas sociedades.

La idea de que el mantenimiento de un régimen semejante es necesario para regular el *gradus* debe ser destacada en sus efectos de malestar. Ese malestar no basta para justificar el mantenimiento de la idea. Menos aún su retorno práctico.

Que haya una regla del *gradus* está implicado en una escuela, aún más ciertamente que en una sociedad. Porque, después de todo, en una sociedad, eso no hace ninguna falta, cuando una sociedad no tiene otros intereses que los científicos.

Pero hay un real en juego en la formación misma del psicoanalista. Nosotros sostenemos que las Sociedades existentes se fundan en ese real.

Partimos también del hecho, perfectamente plausible para él, de que Freud las quiso tal cual son.

No es menos patente –y para nosotros concebible– el hecho de que este real provoque su propio desconocimiento, incluso que produzca su negación sistemática.

Está claro pues que Freud asumió el riesgo de cierta detención. Quizá más: que él vio allí el único refugio posible para evitar la extinción de la experiencia.

No es privilegio mío el que nos enfrentemos a la cuestión así formulada. Es la consecuencia misma, digámoslo al menos para los analistas de la Escuela, de la elección que han hecho de la Escuela.

Se encuentran aquí agrupados por no haber querido aceptar por un voto lo que este se llevaba consigo: la pura y simple supervivencia de una enseñanza, la de Lacan.

Quienquiera que en otra parte siga diciendo que lo que estaba en juego era la formación de los analistas ha mentado al respecto. Ya que bastó votar en el sentido anhelado por la IPA para obtener la entrada en ella a toda vela, con la ablución recibida por poco tiempo de una sigla *made in English* (el *French group* no será olvidado). Mis analizados, como dicen, incluso fueron allí particularmente bienvenidos, y lo serían todavía si el resultado pudiera ser hacerme callar.

Se lo recuerda todos los días a quien tenga a bien escucharlo.

Es pues a un grupo para el cual mi enseñanza era lo bastante valiosa, incluso lo bastante esencial, como para que cada uno al deliberar haya indicado que prefería su mantenimiento frente a la ventaja ofrecida –esto sin ver más lejos, así como sin ver más lejos yo interrumpía mi seminario luego del susodicho voto–, es a ese grupo preocupado por una salida al que yo le ofrecí la fundación de la Escuela.

Con esta elección decisiva para quienes están aquí, se marca el valor de la apuesta [*enjeu*]. Puede haber allí una apuesta que, para algunos, valga hasta el punto de serles esencial, y es mi enseñanza.

Si esa enseñanza no tiene rival para ellos, tampoco lo tiene para todos los demás, como lo prueban quienes se precipitan hacia ella sin haber pagado el precio, quedando en suspenso para ellos la cuestión del provecho que aún les está permitido.

Aquí sin rival no significa una apreciación, sino un hecho: ninguna enseñanza habla de lo que es el psicoanálisis. En otras partes, y de manera confesa, solo se preocupan de que esté en conformidad.

Hay solidaridad entre el quedarse varado, incluso las desviaciones que muestra el psicoanálisis y la jerarquía que en él reina, y que designamos, benévolamente, nos lo concederán, como la de una cooptación de sabios.

La razón de ello es que esta cooptación promueve un retomo a un estatuto de la prestancia que conjuga la pregnancia narcisista con la astucia competitiva. Retorno que restaura los refuerzos de los relapsos que el psicoanálisis didáctico tiene como finalidad liquidar.

Este es el efecto que ensombrece la práctica del psicoanálisis –cuya terminación, objeto y finalidad misma demuestran ser inarticulables luego de por lo menos medio siglo de experiencia continuada–.

El remediarlo entre nosotros debe hacerse a partir de la constatación del defecto que yo he señalado, lejos de pensar en ponerle un velo.

Pero es para captar en ese defecto la articulación que falta.

Ella no hace sino confirmar lo que se encontrará en todas partes y es sabido desde siempre, que no basta la evidencia de un deber para cumplirlo. Es por el rodeo de su hiancia como puede ser puesto en acción, y lo es cada vez que se encuentra el modo de usarlo.

Para introducirlos en este tema, me apoyaré en los dos momentos del empalme de lo que llamaré respectivamente en esta recreación el psicoanálisis en extensión, es decir, todo lo que resume la función de nuestra Escuela en tanto ella presentifica el psicoanálisis en el mundo, y, el psicoanálisis en intensión, es decir, el didáctico, en tanto no se reduce preparar operadores.

Se olvida, en efecto, su razón de ser pregnante, que es la de constituir al psicoanálisis como experiencia original, llevarlo hasta el punto que figura su finitud, para permitir el *après-coup*, efecto de tiempo, ya se sabe, que le es radical.

Esta experiencia es esencial para aislarlo de la terapéutica, la cual distorsiona el psicoanálisis no solamente por relajar su rigor.

Señalaré en efecto que la única definición posible de la terapéutica es la de la restitución de un estado primero. Definición justamente imposible de plantear en el psicoanálisis.

En cuanto al *primum non nocere*, no hablemos de ello, ya que es movedizo por no poder ser determinado *primum* desde el inicio: ¡para qué elegir no dañar! Traten. Es demasiado fácil según esa condición colocar en el activo de una cura cualquiera el no haber dañado en algo. Este rasgo forzado solo interesa, sin duda, por sostenerse en una indecible lógica.

Puede considerarse ya pasado el tiempo en el que lo que se trataba de no perjudicar era la entidad mórbida. Pero el tiempo del médico está más interesado de lo que se cree en esta revolución: en todo caso se ha vuelto más precaria la exigencia que hace que una enseñanza sea médica o no. Digresión.

Nuestros puntos de empalme, donde tienen que funcionar nuestros órganos de garantía, son conocidos: son el inicio y el final del psicoanálisis, como en el ajedrez. Por suerte, son los más ejemplares por su estructura. Esta suerte debe participar de lo que llamamos el encuentro.

Al comienzo del psicoanálisis está la transferencia. Lo está por la gracia de aquel al que llamaremos, en la linde de esta declaración, el psicoanalizante.² No tenemos que dar cuenta de qué lo condiciona. Al menos aquí. Está en el inicio. Pero, ¿qué es?

Estoy asombrado de que nadie nunca haya pensado en oponerme, dados ciertos términos de mi doctrina, que la transferencia por sí sola constituye una objeción a la intersubjetividad. Incluso lo lamento, ya que nada es más cierto: la refuta, es su escollo. Por eso también, para establecer el fondo en el que se pueda vislumbrar lo contrario, he promovido en primer lugar lo que de intersubjetividad implica el uso de la palabra. Este término fue por lo tanto una manera, una manera como cualquier otra, diría yo, si ella no se me hubiera impuesto, de circunscribir el alcance de la transferencia.

Al respecto, ahí donde conviene justificar su terreno universitario, se apoderan del susodicho término, que se supone es, por haberlo usado yo, levitatorio. Pero quien me lee puede observar el “en reserva” con el que hago jugar esta referencia para la concepción del psicoanálisis. Esto forma parte de las concesiones educativas a las que debí acceder por el contexto de *ignorantismo* fabuloso en el que tuve que proferir mis primeros seminarios.

Puede acaso dudarse ahora de que al remitir al sujeto del cogito lo que el inconsciente nos descubre, que al haber definido la distinción entre el otro imaginario, llamado familiarmente otro con minúscula, y el lugar de la operación del lenguaje, planteado como Otro con mayúscula, indico suficientemente que ningún sujeto puede ser supuesto por otro sujeto –si tomamos justamente este término en el sentido de Descartes–. Que Dios le sea necesario, o más bien la verdad con que lo acredita, para que el sujeto llegue a alojarse bajo esa misma capa que viste a engañosas sombras humanas, que Hegel al retomarlo plantee la imposibilidad de la coexistencia de las

conciencias –en tanto se trata del sujeto prometido al saber–, ¿no es suficiente para apuntar la dificultad, a propósito de la cual precisamente nuestro impasse, el del sujeto del inconsciente, ofrece la solución a quien sabe darle forma?

Es verdad que aquí Jean-Paul Sartre, muy capaz de darse cuenta de que la lucha a muerte no es esa solución, puesto que no se puede destruir a un sujeto, y que asimismo en Hegel ella está predeterminada desde su nacimiento, pronuncia a puertas cerradas su sentencia fenomenológica: es el infierno. Pero como esto es falso, y de una manera justificable en la estructura, ya que el fenómeno muestra claramente que el cobarde, si no es loco, puede arreglárselas muy bien con la mirada que lo fija, esta sentencia prueba también que el oscurantismo no solo tiene sus cubiertos en los ágapes de la derecha.

El sujeto supuesto saber es para nosotros el pivote desde donde se articula todo lo que tiene que ver con la transferencia. Cuyos efectos se sustraen, si se hace pinza para asirlos con el *pun* bastante torpe, al afincarse entre la necesidad de repetición y la repetición de la necesidad.

Aquí, el levitante de la intersubjetividad mostrará su sutileza al interrogar: ¿sujeto supuesto por quién si no por otro sujeto?

Un recuerdo de Aristóteles, una gotita de categorías, rogamos, para limpiarle a ese sujeto el barro de lo subjetivo. Un sujeto no supone nada, es supuesto.

Supuesto, enseñamos nosotros, por el significante que lo representa para otro significante.

Escribamos como conviene el supuesto de este sujeto colocando el saber en su lugar contiguo a la suposición:

S ----- ► S₁

s (S₁, S₂,... Sⁿ)

Se reconoce en la primera línea al significante S de la transferencia, es decir, de un sujeto, con su implicación de un significante que llamaremos cualquiera, es decir, que solo supone la particularidad en el sentido de Aristóteles (siempre bienvenido), que por este hecho supone también otras cosas. Si es nombrable con un nombre propio, no es que se distinga por el saber, como veremos a continuación.

Debajo de la barra, pero reducido al palmo de suposición del primer significante: la *s* representa el sujeto que resulta de él, implicando en el paréntesis el saber, supuesto presente, de los significantes en el inconsciente, significación que ocupa el lugar del referente aún latente en esa relación tercera que lo adjunta a la pareja significante-significado.

Se ve que si el psicoanálisis consiste en el mantenimiento de una situación convenida entre dos *partenaires* que se asumen en ella como el psicoanalizante y el psicoanalista, él no puede desarrollarse sino al precio del constituyente ternario que es el significante introducido en el discurso que en él se instaura, el que tiene nombre: el sujeto supuesto saber, formación esta no de artificio sino de vena, como desprendida del psicoanalizante.

Tenemos que ver lo que califica al psicoanalista para responder a esta situación que, como se ve, no envuelve a su persona. No solamente el sujeto supuesto saber no es real en efecto, sino que no es en modo alguno necesario que el sujeto en actividad en la coyuntura, el psicoanalizante (el único que habla inicialmente), se lo imponga.

Es incluso tan poco necesario, que habitualmente no es cierto: lo cual es demostrado, en los primeros tiempos del discurso, por un modo de asegurarse de que el traje no le va al psicoanalista –resguardo contra el temor de que este se meta demasiado rápido en sus hábitos, si puedo decirlo así–.

Lo que nos importa aquí es el psicoanalista, en su relación con el saber del sujeto supuesto, relación no segunda sino directa.

Está claro que del saber supuesto él no sabe nada. El S_1 de la primera línea no tiene nada que ver con los S en cadena de la segunda, y solo puede hallarse allí por encuentro. Apuntemos este hecho para reducir a él lo extraño de la insistencia de Freud en recomendarnos abordar cada caso nuevo como si no hubiésemos adquirido nada de sus primeros desciframientos.

Esto no autoriza en modo alguno al psicoanalista a contentarse con saber que no sabe nada, porque lo que está en juego es lo que él tiene que saber.

Lo que tiene que saber puede ser trazado con la misma relación “en reserva” según la que opera toda lógica digna de ese nombre. Eso no quiere decir nada “particular”, pero eso se articula en cadena de letras tan rigurosas que, a condición de no fallar ninguna, lo no sabido se ordena como el marco del saber.

Lo asombroso es que con eso se encuentre algo, los números transfinitos, por ejemplo. ¿Qué era de ellos antes? Indico aquí su relación con el deseo que les dio su consistencia. Es útil pensar en la aventura de un Cantor –aventura que no fue precisamente gratuita– para sugerir el orden, aunque no fuese él transfinito, donde el deseo del psicoanalista se sitúa.

Esta situación da cuenta, a la inversa, de la facilidad aparente con que se instala en posiciones de dirección en las sociedades existentes lo que hay que animarse a llamar nulidades. Entiéndanme: lo importante no es el modo según el cual estas nulidades se adornan (¿discurso sobre la bondad?) para el afuera, ni la disciplina que el vacío sostenido en el interior supone (no se trata de idiotez), sino que esa nulidad (del saber) es reconocida por todos, objeto usual si puede decirse, para los subordinados, y moneda corriente de su apreciación para los Superiores.

La razón de esto se encuentra en la confusión sobre el cero, a propósito de lo cual se permanece en un campo en el que ella no es apropiada. Nadie se preocupa en el *gradus* por enseñar qué distingue al vacío de la nada, que sin embargo no son lo mismo, ni el rasgo adecuado para la medida del elemento neutro implicado en el grupo lógico, ni tampoco la nulidad de la incompetencia, de lo no marcado de la ingenuidad, a partir de lo cual tantas cosas tomarían su lugar.

Para remediar este defecto produce el ocho interior y, en general, la topología en la que el sujeto se sostiene.

Lo que debe disponer a un miembro de la Escuela a tales estudios es la prevalencia que ustedes pueden captar en el algoritmo producido más arriba –que no permanece menos porque se la ignore–, la prevalencia manifiesta donde sea: tanto en el psicoanálisis en extensión así como en intensión, de lo que llamaré el saber textual, para oponerlo a la noción referencial que lo enmascara.

Respecto de todos los objetos que el lenguaje no solamente propone al saber, sino que puso primero en el mundo de la realidad, de la realidad de la explotación interhumana, no se puede decir que el psicoanalista sea un experto. Sería mejor que así fuese, pero de hecho más bien se queda corto.

El saber textual no era parásito por haber animado una lógica en la que la nuestra encuentra una lección para su sorpresa (hablo de la lógica de la Edad Media), y no es a sus expensas como supo enfrentar la relación del sujeto con la Revelación.

No es porque el valor religioso de esta se haya vuelto indiferente para nosotros, por lo que su efecto en la estructura deba ser descuidado. El psicoanálisis tiene consistencia por los textos de Freud, este es un hecho irrefutable. Es sabido lo que, de Shakespeare a Lewis Carroll, aportan los textos a su genio y a sus practicantes.

Este es el campo en el que se discierne a quién admitir para su estudio. Es aquel donde el sofista y el talmudista, el propalador de cuentos y el aedo, han tomado la fuerza que a cada instante nosotros recuperamos, más o menos torpemente, para nuestro uso.

Que un Lévi-Strauss en sus mitológicas le dé su estatuto científico, viene bien verdaderamente para facilitarnos constituirlo como el umbral de nuestra selección.

Recordemos la guía que da mi grafo al análisis y la articulación que se aísla en él del deseo en las instancias del sujeto.

Es para indicar la identidad del algoritmo aquí precisado con lo que es connotado en el Banquete como el $\acute{\alpha}\gamma\alpha\lambda\mu\alpha$.

¿Dónde está dicho mejor que como lo hace allí Alcibíades, que las emboscadas del amor de transferencia no tienen otro fin más que obtener eso de lo que él piensa que Sócrates es el continente ingrato?

Pero, quién sabe mejor que Sócrates que solo detenta la significación que engendra al retener esa nada, lo que le permite remitir a Alcibíades al destinatario presente de su discurso, Agatón (como por casualidad): esto para enseñarles a ustedes que por obsesionarse con lo que les concierne en el discurso del psicoanalizante, siguen equivocándose.

Pero, ¿esto es todo? Cuando aquí el psicoanalizante es idéntico al $\acute{\alpha}\gamma\alpha\lambda\mu\alpha$ a la maravilla que nos deslumbra, a nosotros terceros, en Alcibíades, ¿no es acaso nuestra oportunidad de ver allí aislarse el puro sesgo del sujeto como relación libre con el significante, aquel donde se aísla el deseo del saber como deseo del Otro?

Como todos esos casos particulares que hacen el milagro griego, este solo nos presenta cerrada la caja de Pandora. Abierta, es el psicoanálisis, que Alcibíades no necesitaba.

Con lo que llamé el final de la partida, estamos –por fin– en el hueso de nuestro discurso de esta noche. La terminación del psicoanálisis llamado en forma redundante didáctico es, en efecto, el paso del psicoanalizante al psicoanalista.

Nuestro propósito es plantear al respecto una ecuación cuya constante es el $\alpha\lambda\mu\alpha$.

El deseo del psicoanalista es su enunciación, la que solo puede operar si él viene allí en posición de x : de esa x misma cuya solución entrega al psicoanalizante su ser y cuyo valor se anota ($-\Phi$), la hiancia que se designa como la función del falo al aislarlo en el complejo de castración, o a respecto de lo que lo obtura con el objeto que se reconoce bajo la función aproximativa de la relación pregenital. (Es ella la que el caso Alcibíades resulta anular: es lo que connota la mutilación de los Hermes.)

La estructura así abreviada les permite hacerse una idea de lo que ocurre al término de la relación de la transferencia, o sea: cuando por haberse resuelto el deseo que sostuvo en su operación el psicoanalizante, este ya no tiene ganas de confirmar su opción, es decir, el resto que como determinante de su división, lo hace caer de su fantasma y lo destituye como sujeto.

¿No es este el gran *chitón* que debemos conservar entre nosotros, que tomamos de él, psicoanalistas, nuestra suficiencia, mientras que la beatitud se ofrece más allá de olvidarlo nosotros mismos?

Al anunciarlo, ¿no desalentaríamos a los aficionados? La destitución subjetiva inscrita en el billete de entrada... ¿acaso no implica provocar el horror, la indignación, el pánico, incluso el atentado, en todo caso dar pretexto a la objeción de principio?

Sin embargo hacer interdicción de lo que se impone de nuestro ser es ofrecemos a un retorno del destino que es maldición. Lo que es rechazado en lo simbólico, recordemos su veredicto lacaniano, reaparece en lo real.

En lo real de la ciencia que destituye al sujeto de un modo muy diferente en nuestra época, cuando solo sus partidarios más eminentes, un Oppenheimer, se enloquecen por ello.

Es aquí dónde dimitimos de lo que nos hace responsables, a saber: la posición en que fijé el psicoanálisis en su relación con la ciencia, la de extraer la verdad que le responde en términos cuyo resto de voz nos es asignado.

Con qué pretexto resguardamos este rechazo, cuando bien se sabe qué despreocupación protege a la vez verdad y sujetos, y que prometer a los segundos la primera no les va ni les viene a quienes ya están próximos a ella. Hablar de destitución subjetiva nunca detendrá al inocente, cuya única ley es su deseo.

Nuestra única elección es enfrentar la verdad o ridiculizar nuestro saber.

Esta sombra espesa que recubre ese empalme del que aquí me ocupo, ese en el que el psicoanalizante pasa a psicoanalista, es esto lo que nuestra Escuela puede esforzarse en disipar.

No estoy más lejos que ustedes en esta obra que no puede ser realizada a solas, puesto que el psicoanálisis constituye su acceso.

Debo contentarme aquí con un *flash* o dos para precederla.

En el origen del psicoanálisis, cómo no recordar lo que, entre nosotros, hizo por fin Mannoni: que el psicoanalista es Fliess, es decir, el medicastro, el cosquilleador de nariz, el hombre a quien se le revela el principio macho y el principio hembra en los números 21 y 28, les guste o no, en suma, ese saber que el psicoanalizante, Freud el cientista, como se expresa la boquita de las almas abiertas al ecumenismo, rechaza con toda la fuerza del juramento que lo liga al programa de Helmholtz y sus cómplices.

Que ese artículo haya sido entregado a una revista que casi no permitía que el término “sujeto supuesto saber” apareciese en ella, salvo perdido en medio de una página, no le quita en nada el valor que puede tener para nosotros.

Al recordarnos el “análisis original”, él nos vuelve al pie de la dimensión de espejismo en que se asienta la posición del psicoanalista y nos sugiere que no es seguro que esta sea reducida hasta tanto una crítica científica se haya establecido en nuestra disciplina.

El título se presta al comentario de que el verdadero original solo puede ser el segundo, por constituir la repetición que hace del primero un acto, pues es ella la que introduce el *après-coup* propio del tiempo lógico, que se marca por el hecho de que el psicoanalizante pasó a psicoanalista. (Quiero decir Freud mismo, quien sanciona allí no haber hecho un autoanálisis.)

Me permito además recordarle a Mannoni que la escansión del tiempo lógico incluye lo que yo llamé el momento de comprender, justamente por el efecto producido (que retome mi sofisma) por la no comprensión, y que por eludir en suma lo que constituye el alma de su artículo ayuda a que se comprenda mal.

Recuerdo aquí que el quienquiera que venga [*tout-venant*] que reclutamos sobre la base de “comprender a sus enfermos” entra en un malentendido que como tal no es sano.

Flash ahora sobre el punto en el que estamos. Con el final del análisis hipomaniaco, descrito por nuestro Balint como el último grito de la moda, es el caso decirlo así, de la identificación del psicoanalizante con su guía, palpamos la consecuencia del rechazo antes denunciado (turbio rechazo: *Verlegung?*), que solo deja el refugio de la consigna, ahora adoptada en las sociedades existentes, de la alianza con la parte sana del yo, la cual resuelve el paso a analista mediante la postulación en él, al comienzo, de dicha parte sana. Para qué puede servir entonces su paso por la experiencia.

Tal es la posición de las sociedades existentes. Ella expulsa nuestras observaciones a un más allá del psicoanálisis.

El paso de psicoanalizante a psicoanalista tiene una puerta cuyo gozne es ese resto que hace su división, porque esa división no es otra que la del sujeto, cuya causa es ese resto.

En este viraje en que el sujeto ve zozobrar la seguridad que obtenía de ese fantasma donde se constituye para cada uno su ventana sobre lo real, lo que se vislumbra es que el asidero [*prise*] del deseo no es otro que el de un desierto.

En este desierto se devela lo inesencial del sujeto supuesto saber, desde donde el psicoanalista por venir se consagra al *άγαλμα* de la esencia del deseo, dispuesto a pagarlo reduciéndose, él y su nombre, al significante cualquiera.

Porque rechazó el ser que no sabía de la causa de su fantasma, en el momento mismo en que por fin él devino ese saber supuesto.

“Que él sepa de lo que yo no sabía del ser del deseo, lo que de él es, llegado al ser del saber, y que se borre.” *Sicut palea*, como dice Tomás de su obra al final de su vida –como estiércol–.

Así el ser del deseo se une al ser del saber para renacer al anudarse ambos en una cinta de borde único en que se inscribe una sola falta, la que el *άγαλμα* sostiene.

La paz no viene de inmediato a sellar esta metamorfosis en que el *partenaire* se desvanece por no ser ya más que saber vano de un ser que se sustrae.

Palpemos aquí la futilidad del término liquidación para ese agujero donde solamente se resuelve la transferencia. No veo en él, contra las apariencias, más que una negación del deseo del analista.

Porque quién, al vislumbrar a los dos *partenaires* jugar como las dos paletas de una pantalla giratoria, en mis últimas líneas, no puede captar que la transferencia nunca fue sino el pivote de esa alternancia misma.

Así, de aquel que recibió la clave del mundo en la hendidura del impúber, el psicoanalista ya no debe esperar una mirada, pero se ve devenir una voz.

Y ese otro que, niño, encontró su representante representativo en su irrupción a través del diario desplegado con el que se resguardaba el estercolero de los pensamientos de su progenitor, remite al psicoanalista el efecto de angustia en el que cae en su propia deyección.

Así, el final del análisis conserva en sí una ingenuidad, a propósito de la cual se plantea la cuestión de si debe ser considerada una garantía en el paso al deseo de ser psicoanalista.

Desde dónde podría entonces esperarse un testimonio justo sobre el que franquea ese pase, si no de otro que, al igual que él, todavía lo es, este pase, a saber, en quien está presente en ese momento el desear en el cual su psicoanalista conserva la esencia de lo que le pasó como un duelo, sabiendo por ello, como cualquier otro en función de didáctico, que también a ellos eso les pasará.

¿Quién mejor que ese psicoanalizante en el pase podría autentificar en él lo que este tiene de posición depresiva? No ventilamos aquí nada con lo que uno pueda darse aires, si uno no está en el asunto.

Es lo que les propondré luego como el oficio a confiar, para la demanda de devenir analista de la Escuela, a algunos a los que llama remos: pasadores.

Todos y cada uno de ellos habrán sido elegidos por un analista de la Escuela, que pueda responder si están en ese pase o si han vuelto a él, en suma, todavía ligados al desenlace de su experiencia personal.

Es a ellos a quienes les hablará de su análisis un psicoanalizante para hacerse autorizar como analista de la Escuela, y el testimonio que sabrán acoger desde lo vivo mismo de su propio pasado será de esos que jamás recoge ningún jurado de confirmación. La decisión de dicho jurado será entonces así esclarecida, no siendo obviamente estos testigos jueces.

Inútil indicar que esta proposición implica una acumulación de la experiencia, su recolección y su elaboración, una seriación de su variedad, una notación de sus grados.

Que puedan salir libertades de la clausura de una experiencia es lo que deriva de la naturaleza del *après-coup* en la significancia.

De todos modos esta experiencia no puede ser eludida. Sus resultados deben ser comunicados: en primer lugar a la Escuela para que realice su crítica, y correlativamente,

deben ser puestos al alcance de esas sociedades que, aunque nos hayan excluido, no dejan de ser asunto nuestro.

El jurado funcionando no puede abstenerse pues de un trabajo de doctrina, más allá de su funcionamiento como selector.

Antes de proponerles su forma, quiero indicar que conforme a la topología del plano proyectivo, es en el horizonte mismo del psicoanálisis en extensión donde se anuda el círculo interior que trazamos como hiancia del psicoanálisis en intensión.

Ese horizonte, yo quisiera centrarlo en tres puntos de fuga perspectivas, notables por pertenecer cada uno de ellos a uno de los registros cuya colusión en la heterotopía constituye nuestra experiencia.

En lo simbólico, tenemos el mito edípico.

Observemos, en relación con el núcleo de la experiencia sobre el que acabamos de insistir, lo que llamaré técnicamente la facticidad de este punto. Depende, en efecto, de una mitogenia, uno de cuyos componentes, como se sabe, es su redistribución. Ahora bien, el Edipo, por ser ectópico (carácter subrayado por un Kroeber), plantea un problema.

Abrirlo permitiría restaurar, incluso al relativizarla, su radicalidad en la experiencia.

Quisiera aclarar lo que quiero decir simplemente con lo siguiente: retiren el Edipo, y el psicoanálisis en extensión, diré, pasa enteramente a la jurisdicción del delirio del presidente Schreber.

Controlen su correspondencia punto por punto, ciertamente no atenuada desde que Freud la señaló al no declinar su imputación. Pero dejemos lo que mi seminario sobre Schreber ofreció a quienes podían escucharlo.

Hay otros aspectos de ese punto relativos a nuestras relaciones con el exterior, o más exactamente a nuestra extraterritorialidad: término esencial en el *Escrito*, que considero como prefacio de esta proposición.

Observemos el lugar que ocupa la ideología edípica para dispensar de algún modo a la sociología desde hace un siglo de tomar partido, como debió hacerlo antes, sobre el valor de la familia, de la familia existente, de la familia pequeño burguesa en la civilización, es decir, en la sociedad vehiculada por la ciencia. ¿Nos beneficia o no lo que ahí encubrimos sin saberlo?

El segundo punto está constituido por el tipo existente, cuya facticidad es esta vez evidente, de la unidad: sociedad de psicoanálisis, en tanto dirigida por un ejecutivo de escala internacional.

Lo dijimos, Freud lo quiso así, y la sonrisa molesta con que retracta del romanticismo de la especie de Komintern clandestino al que primero le dio su carta blanca (cf. Jones, citado en mi *Escrito*) solo lo subraya mejor.

La naturaleza de esas sociedades y el modo en que obtemperan se aclaran con la promoción por Freud de la Iglesia y del Ejército como modelos de lo que él concibe como la estructura del grupo. (Con este término, en efecto, habría que traducir hoy *Masse* de su *Massenpsychologie*).

El efecto inducido de la estructura así privilegiada se aclara aún más por agregársele la función en la Iglesia y en el Ejército del sujeto supuesto saber. Estudio para quien quiera emprenderlo: llegaría lejos.

Al atenerse al modelo freudiano, aparece de manera muy manifiesta el favor que reciben en él las identificaciones imaginarias, y al mismo tiempo la razón que encadena al psicoanálisis en intención a limitar a ese modelo su consideración, incluso su alcance.

Uno de mis mejores alumnos aplicó muy bien su trazado al Edipo mismo, definiendo en él la función del Padre ideal.

Esta tendencia, como se dice, es responsable de haber relegado al punto de horizonte precedentemente definido lo que en la experiencia es calificable como edípico.

La tercera facticidad, real, demasiado real, suficientemente real como para que lo real sea más mojigato en promoverlo que la lengua, es lo que hace hablable el término de campo de concentración, sobre el cual nos parece que nuestros pensadores, al vagar del humanismo al terror, no se concentraron lo suficiente.

Abreviemos diciendo que lo que vimos emerger, para nuestro horror, representa la reacción de precursores en relación con lo que se irá desarrollando como consecuencia del reordenamiento de las agrupaciones sociales por la ciencia y, especialmente, de la universalización que esta introduce en ellas.

Nuestro porvenir de mercados comunes encontrará su contrapeso en la expansión cada vez más dura de los procesos de segregación.

¿Habrá que atribuirle a Freud, considerando que estuvo introducido desde el origen en el modelo secular de este proceso, haber querido asegurar en su grupo

el privilegio de la flotabilidad universal con que se benefician las dos instituciones antes nombradas? No es impensable.

Cualquiera que sea el caso, este recurso no le facilita al deseo del psicoanalista el situarse en esta coyuntura.

Recordemos que si la IPA de la *Mitteleuropa* demostró su preadaptación a esa prueba al no perder en dichos campos ni uno solo de sus miembros, debió a esta proeza el ver producirse después de la guerra una estampida, que no dejaba de tener la contrapartida de algunas bajas (cien psicoanalistas mediocres, recordemos), de candidatos en cuyas mentes el motivo de encontrar refugio ante la marea roja, fantasma de ese entonces, no estaba ausente.

Que la “coexistencia”, que podría perfectamente también aclararse por una transferencia, no nos haga olvidar un fenómeno que es una de nuestras coordenadas geográficas, es el caso decirlo, y cuyas farfullas sobre el racismo más bien enmascaran su alcance.

El final de este documento precisa el modo bajo el cual podría ser introducido lo que solo tiende, abriendo una experiencia, a volver por fin verdaderas las garantías buscadas.

Las dejamos enteramente en manos de quienes tienen experiencia.

No olvidamos, sin embargo, que ellos son quienes más padecieron las pruebas impuestas por el debate con la organización existente. Lo que deben el estilo y los fines de esa organización al *black-out* puesto sobre la función del psicoanálisis didáctico es evidente en cuanto una mirada nos es permitida: de allí el aislamiento con que se protege a sí mismo.

Las objeciones que encontró nuestra proposición no derivan en nuestra Escuela de un temor tan orgánico.

El hecho de que se hayan expresado sobre un tema motivado moviliza ya la auto-crítica. El control de las capacidades ya no es inefable por requerir títulos más justos.

Es por una prueba semejante como se hace reconocer la autoridad.

Que el público de los técnicos sepa que no se trata de cuestionarla, sino de extraerla de la ficción.

La Escuela Freudiana no puede caer en el *tough* sin humor de un psicoanalista que encontré en mi último viaje a los USA. “La razón por la cual nunca atacaré las formas instituidas –me dice– es que ellas me aseguran sin problemas una rutina que me es cómoda”.

NOTAS

* Texto de orientación para las 32J sugerido por J-A. Miller

1 Traducción de Graciela Esperanza. Revisión de Graciela Esperanza y Guy Trabas.

2 Lo que se llama comúnmente: el psicoanalizado, por anticipación.

CÓMO TIENE ÉXITO EL PSICOANÁLISIS

#32 JORNADAS ANUALES DE LA EOL

DIRECTORAS

Celeste Viñal
Silvia Chichilnitzky

CARTEL EPISTÉMICO

Blanca Sánchez
Lisa Erbin
Nieves Soria
Esteban Stringa
más-uno: Silvia Pino